

EL ENIGMA DE LAS ARENAS

ROBERT ERSKINE CHILDERS

EL ENIGMA DE LAS ARENAS

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte
Ilustración de Augusto Ferrer-Dalmau



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Riddle of the Sands*

Diseño de la sobrecubierta: Calderón STUDIO®

Primera edición: enero de 2022

© prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2022

© de la traducción: Benito Gomez, 1983; revisada en 2022

© ilustración de cubierta: Augusto Ferrer-Dalmau, 2022

© mapas: Manolo Casado, 2022

© de la presente edición: Edhasa, 2022

Coedición especial entre Zenda y Edhasa (ZendaEdhasa)

Diputación, 262, 2.º1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-5566-6

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 591-2022

Impreso en España

Una aventura elegante

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Soy, por desgracia o fortuna –permítanme el guiño conradiano–, uno de esos seres humanos para quienes el lugar más habitable se encuentra a diez millas de la costa más próxima. Hace casi treinta años que navego, y durante la mayor parte de ese tiempo sólo llevé a bordo libros sobre el mar: biblioteca flotante que me acompaña, leal siempre, repartida por varias zonas del velero; los derroteros y los libros de señales, faros y mareas, ordenados bajo la mesa de la camareta; en las estanterías, sobre la entrada al motor, alineados, los libros técnicos e históricos, incluidos los derroteros de Tofiño, editados en el siglo XVIII, que siguen siendo asombrosamente útiles hoy. Además, el imprescindible *Navegación con mal tiempo*, de Adlard Coles, subrayado y lleno de notas, algún diccionario náutico y dos libros sobre los corsarios alemanes en la Primera y Segunda Guerra Mundial, a los que tengo especial cariño por contarse entre las lecturas favoritas de mi padre.

El resto de esa biblioteca a bordo lo integran novelas y otros libros de ficción, repartidos durante las largas campañas

de navegación por los diferentes estantes de la camareta. Por aquí han pasado novedades editoriales cuya lectura emprendía con ilusión y curiosidad; pero, a medida que me hago mayor, me inclino más por los viejos conocidos, hermanos de la costa que nunca son del todo viejos porque tienen la cualidad de amoldarse, renovados, frescos y sabios, a la mirada cada vez más fatigada de este su lector. Entre esos amigos con amarre fijo están, por supuesto, Conrad y Melville, Patrick O'Brian, Marryat, Alexander Kent y C. S. Forester, la inevitable trilogía de Nordhoff y Hall sobre la *Bounty*, las magníficas novelas de acción en el mar que son *El cazador de barcos*, de Justin Scott, y *La Cacería*, de Alejandro Patermain, así como la obra maestra sobre la batalla del Atlántico, *Mar cruel*, de Nicholas Monsarrat. A todos ellos regreso de vez en cuando.

Un velero no siempre deja lugar para la lectura, pues la mayor parte del tiempo se ha de estar atento al mar y al viento, a la radio, a la maniobra; y durante la noche, durante las horas de guardia, a la tensa observación del tráfico de mercantes que, pese a que los modernos instrumentos técnicos facilitan ahora más su vigilancia, pueden venirte encima, a rumbo de colisión, en pocos minutos. Sin embargo, con frecuencia hay ratos de calma cuando la singladura regala una suave marejadilla, un horizonte despejado y quince nudos de viento, y puedes ir tranquilo con todo el trapo arriba, o echas el ancla en un buen fondo de arena, donde treinta y cinco metros de cadena permiten relajarse y leer, descansando de la propia aventura para adentrarse en la de otros marinos que, por unas horas, te relevan en la tarea constante de medirte con el mar para defender la integridad de tu barco y tu tripulación.

Fue no hace mucho tiempo, uno de esos días milagrosamente apacibles, sin viento y de mar tranquila, cuando volví a leer *El enigma de las arenas*. Y al abrirlo de nuevo, tras muchos años, me asaltaron intensos los recuerdos que siempre deja en un lector un libro singular. Porque en esa novela extraña, original y prodigiosa, sólo el título ya sugiere mar y aventura. Eso fue lo que, siendo muy joven, cuando cayó en mis manos por primera vez, me sedujo por completo. Antes incluso de leerlo ya tenía en la cabeza, visualizado, un paisaje arenoso, un cielo gris y un velero fondeado entre canales y bruma. Y es que a veces, o a menudo, un lector se acerca a un libro imantado por un título o una simple palabra que dispara la curiosidad. Que se adueña de ti antes de sumergirte en sus páginas.

Empecé la lectura del *Enigma de las arenas* —cómo envidio a Erskine Childers ese título, dios mío— con la inocencia de un lector joven sediento de aventuras, a quien la palabra «enigma» en el título original (*Riddle of the Sands*) señalaba un territorio náutico antes incluso de empezar a conocerlo o a navegar por él físicamente. De manera que muchos años después, en mi novela *La carta esférica*, jugaría como autor a devolver aquel lejano favor, haciendo que un velero que navega con un hombre al timón y una mujer misteriosa, que se cruza fugazmente en la vida de Coy, el marino protagonista, llevase grabado en el espejo de popa ese nombre; una palabra para mí tan añejamente literaria y tan especial: *riddle*. Enigma.

Ya desde aquella primera lectura acepté con entusiasmo el viaje que me proponía el misterio: dos amigos en un velero navegando a principios del siglo xx entre las brumas del mar del Norte, notando el frío, el vapor de la ropa

húmeda, las lámparas de petróleo que iluminan y caldean las ropas mojadas, la presencia amenazadora de otros barcos, el riesgo de la navegación por los arenales de las islas Frisias en un momento políticamente complejo como fue la carrera armamentista entre Gran Bretaña y Alemania en pleno período eduardiano, vísperas de la Primera Guerra Mundial; la tenaz pericia de Davis, el patrón del *Dulcibella*, y la torpeza inicial, medio malhumorada, de Carruthers; el amigo a bordo que, empujado por un aburrimiento casi mellvilliano («Llamadme Ismael...»), se ve envuelto en una historia de espionaje naval donde el peligro, la amistad y el amor curtirán su mirada, llevándolo a la orilla final de la aventura convertido en un hombre distinto:

He leído historias de hombres que, obligados por su cargo a vivir durante largos períodos en la más completa soledad, salvo por la visión de algunos rostros atezados, tomaron como norma el vestirse formalmente para la cena con el fin de mantener su pundonor y no sumirse en la barbarie. Con un espíritu semejante y cierta timidez, procedía a arreglarme en mis habitaciones de Pall Mall a las siete de la tarde de un 23 de septiembre de no hace muchos años...

Es *El enigma de las arenas* una formidable historia de mar, amor y guerra no empezada aún pero ya presentida, pues su autor barrunta el conflicto cercano como un nubarrón oscuro en el horizonte. Esa combinación literaria prendió con fuerza en la viva imaginación del muchacho lector que yo era entonces, y que, años después, ya convertido en novelista, cuajó de algún modo en relatos propios;

tanto en *La carta esférica* y el libro de artículos *Los barcos se pierden en tierra* como en la novela *El Italiano* y alguna otra. Y es ahora, ya en tiempo de avanzada madurez, al regresar a esta novela asombrosa después de vivir guerras y amores, de leer y escribir aventuras y recorrer miles de millas a bordo de un velero, cuando advierto que *El enigma de las arenas* ha dejado de ser para mí un libro de aventuras en el mar, en el más primitivo y juvenil sentido de la palabra, para convertirse en lo que podríamos llamar una «aventura elegante» donde la trama, pionera en el espionaje como género literario —escrita en 1903, es considerada la primera gran novela de espías—, queda para mí en un segundo plano, eclipsada por los personajes protagonistas de dicha aventura. Los jóvenes Davies y Carruthers, contados sin complejos como tales personajes, se contaban antes, rigurosamente fieles al arquetipo de lealtad, nobleza, audacia y patriotismo entonces al uso, reúnen todos los ingredientes del héroe clásico que, en un mundo tan maleado, tan resabiado, tan emocionalmente sujeto a las redes sociales como el que hoy vivimos, mantiene intacta ante el peligro, el amor o la muerte una deliciosa actitud de elegante altanería.

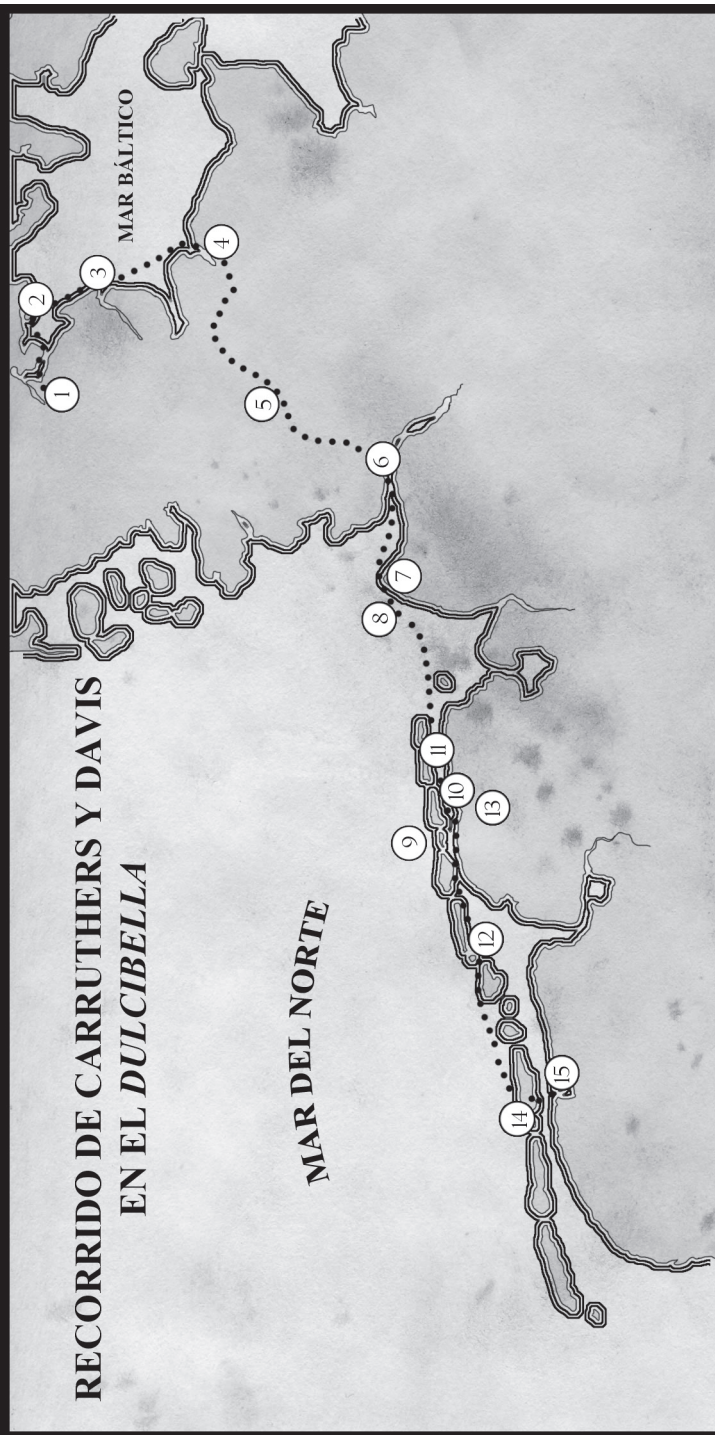
Es por eso por lo que agradezco reencontrar, y hasta reivindicar, a ese héroe elegante y clásico, recuperándolo como la editorial ZendaEdhasa hace ahora al publicar esta novela: fruto evidente del deseo, verdaderamente transgresor en estos tiempos, de ofrecer al lector actual la posibilidad de encontrarse con el héroe clásico frente a los héroes de hoy en día, más circunstanciales y subjetivos, en su mayor parte con fecha de caducidad, que no suelen perdurar porque se ven sometidos a las modas cambiantes de lo políticamente correcto. En maravilloso contraste con ellos,

los protagonistas de *El Enigma de las arenas* corresponden a aquel otro tipo de héroe tal vez pasado de moda, pero que el lector advertido y audaz sigue reconociendo como necesario, como eterno, como suyo.

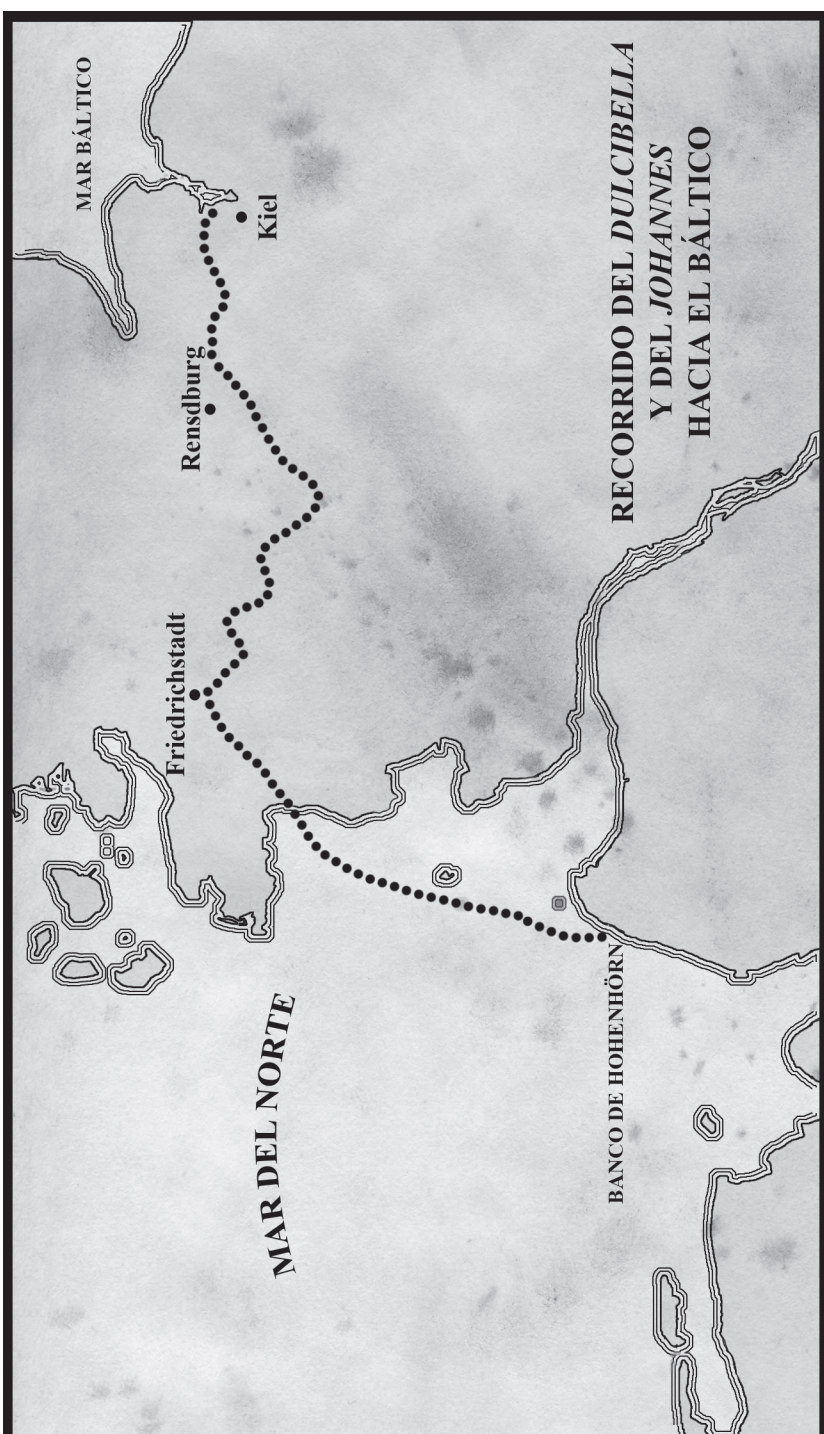
En lo que a mí se refiere, esos dos jóvenes valerosos que navegan entre brumas hacia el peligro a bordo del *Dulcibella* son los compañeros de mar y aventura que, en caso de arriesgar así la vida, elegiría tener. Sombras leales y silenciosas junto a los que poder recostarte en la regala esperando el cambio de marea, envuelto en el humo aromático y picante de tabaco de pipa, mientras, al modo del capitán Marlow o cualquier otro personaje de Conrad, contemplas cómo la noche se adueña de todo y empiezan a encenderse luces lejanas a lo largo de la orilla.

RECORRIDO DE CARRUTHERS Y DAVIS EN EL *DULCIBELLA*

MAR DEL NORTE



1: FLENSBURG; 2: SONDEBURG; 3: SCHLEI; 4: KIEL; 5: CANAL DE BRUNSBÜTTTEL; 6: BRUNSBÜTTTEL; 7: CUXHAVEN; 8: BANCO DE HOHENHÖRN; 9: ISLAS FRISIAS (WANGERCOOG, SPIEKERCOOG, LANGECOOG, BALTRUM, NORDERNEY); 10: BENSERSIEL; 11: ARENALES; 12: MEMMER T; 13: ESENS; 14: ROTTUM; 15: OSTMAHORN



MAR BÁLITICO

Kiel

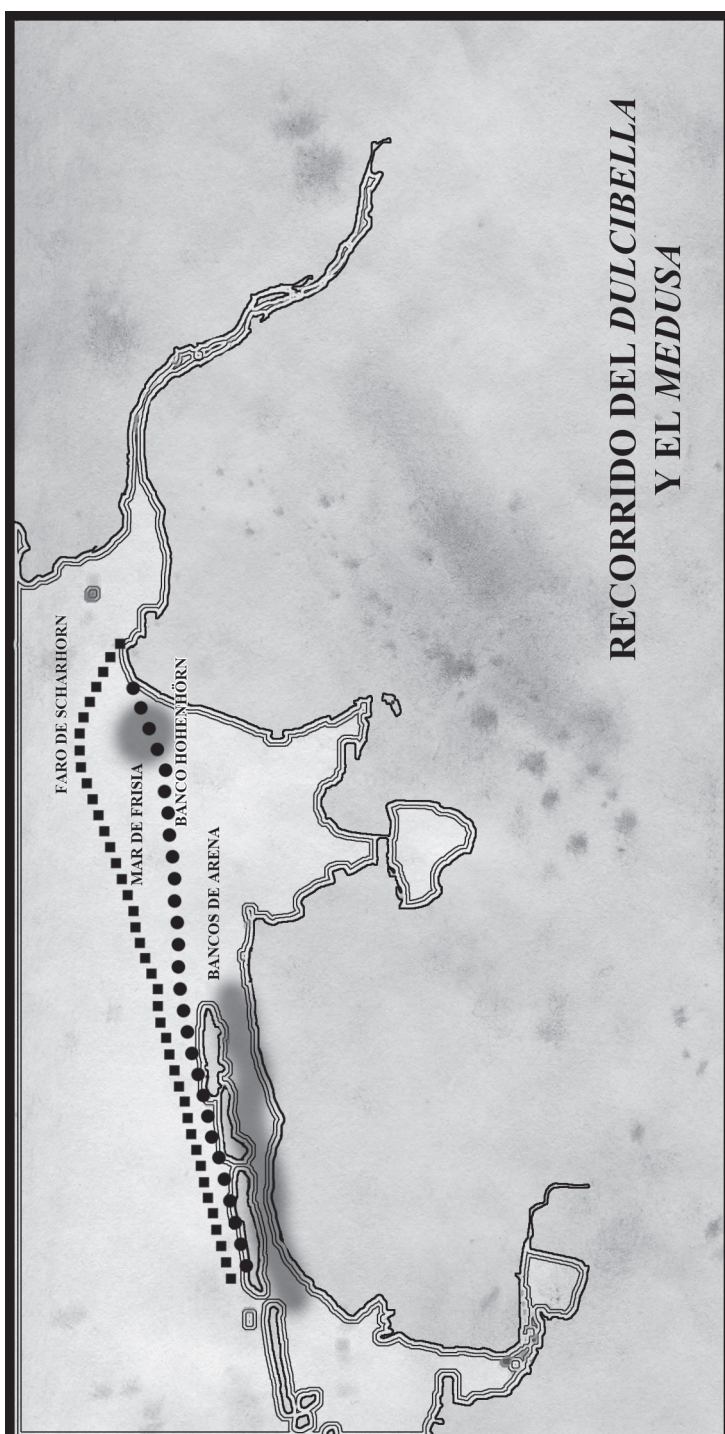
Rensdurg

Friedrichstadt

MAR DEL NORTE

BANCO DE HOHENHÖRN

RECORRIDO DEL DULCIBELLA
Y DEL JOHANNES
HACIA EL BÁLITICO

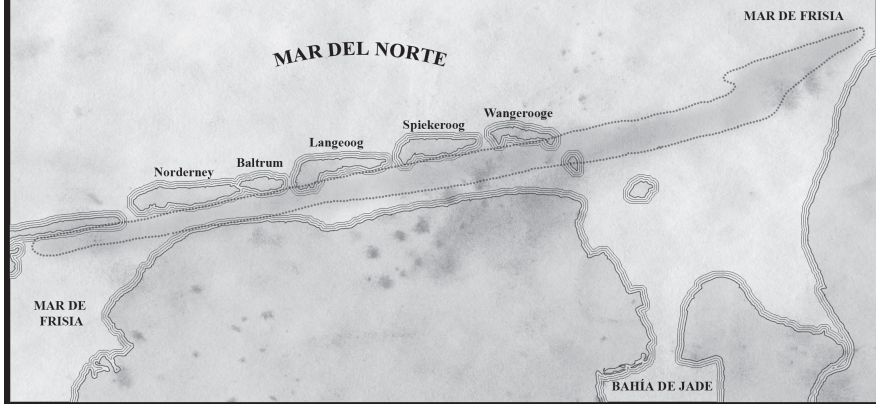


RECORRIDO DEL *DULCIBELLA* Y EL *MEDUSA*

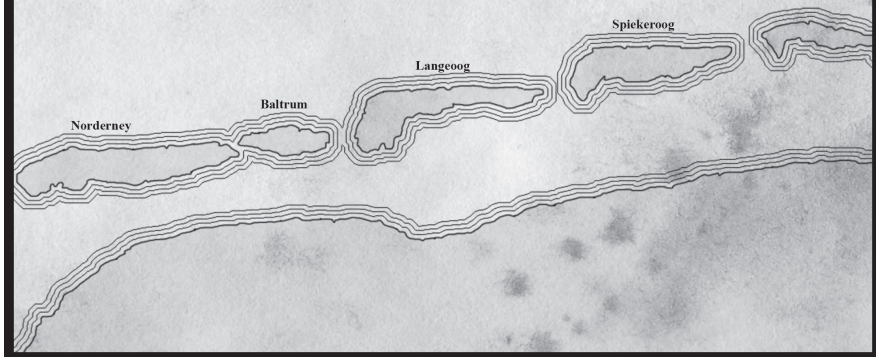
ruta segura NORDERNEY - CUXHAVEN ■■■■■

ruta seguida por el *DULCIBELLA* Y EL *MEDUSA* ●●●●●

ARENALES EN LA COSTA ALEMANA



ZONA DE CANALES EXPLORADA POR CARRUTHERS



PREFACIO DEL AUTOR

Unas palabras sobre el origen y la paternidad literaria de este libro.

Mi amigo Carruthers vino a visitarme en octubre pasado (1902), y bajo promesa de guardar temporalmente el secreto me confió abiertamente toda la aventura que se describe en estas páginas. Hasta entonces yo sólo sabía lo que el resto de sus amigos, es decir, que acababa de vivir ciertas experiencias durante un crucero en yate con un tal señor Davies, quien había dejado honda huella en su carácter y sus costumbres.

Al término de su relato —que me produjo una impresión profunda, tanto por su relación con mis estudios y preocupaciones particulares como por su interés intrínseco y su vigorosa expresión—, añadió que los importantes hechos descubiertos durante el crucero se habían comunicado de inmediato a las autoridades, quienes, tras manifestar cierta decorosa incredulidad, quizá debida en parte a las lamentables deficiencias de su propio servicio secreto, habían utilizado la información, según creía él, para evitar un grave peligro nacional. Y digo «según creía él» porque, si bien no cabía duda de que el peligro se había evitado de momento,

no existía seguridad de que se hubiese tomado medida alguna para combatirlo, dado que el secreto descubierto era de tal naturaleza que, en este bando, la mera sospecha de su revelación probablemente habría anulado su eficacia.

Comoquiera que fuese, durante un tiempo el asunto permaneció tal como estaba, según deseaban entonces Carruthers y el señor Davies por diversas razones personales que se expondrán al lector.

Pero estaban reconsiderando su decisión movidos por ciertas tendencias políticas que, con aplastante claridad, ponían en evidencia. Éstas mostraban con aplastante claridad que la información arrancada con tanto esfuerzo y peligro al gobierno alemán y transmitida al nuestro con tanta rapidez habían producido en nuestra política un efecto sumamente transitorio, en caso de que produjera alguno. En cambio, cierta influencia perniciosa, cuyo origen aún desconcierta a todos menos a unos pocos, trabajaba sin descanso para impulsar a nuestra diplomacia a volver por caminos que en principio era prudente rehuir aun sin esa advertencia clamorosa. Como enérgico remedio para lo que se había convertido nada menos que en una enfermedad nacional, los dos amigos tenían ahora la intención de hacer pública su historia, y en relación con ello Carruthers deseaba mi consejo. Existía el gran inconveniente de que un inglés de noble apellido estaba vergonzosamente implicado, y si se daba a conocer su identidad sin hacer uso de una delicadeza infinita, personas inocentes, y especialmente una joven dama, sufrirían perjuicio y deshonor. En realidad, ya circulaban rumores molestos que contenían una pizca de verdad y un montón de falsedades.

Tras sopesar los dos aspectos del problema, me pronuncié sin reservas por su divulgación. Pensé que los inconvenien-

tes personales podrían vencerse por medio de la discreción; mientras que, desde el punto de vista público, sólo se trataba de otro de esos casos lamentables, cada vez más frecuentes en nuestros días, en que los asuntos que deberían custodiarse debidamente en el aislamiento del despacho del estadista, deben sacarse necesariamente de él para someterlos al sentido común del país en general: sentido común que, según reconocen los observadores atentos, está creciendo, mientras que el arte de gobernar va decayendo. Abundan en nuestra historia reciente notorias pruebas de ello, lo que constituye el rasgo más destacado del desarrollo de la democracia moderna.

Se acordó la divulgación del asunto, y el siguiente paso fue pensar en la forma que se le debería dar. Carruthers, con el concurso del señor Davies, se inclinaba por una escueta exposición de los hechos esenciales, desprovistos de su cálida envoltura humana. Yo estaba enérgicamente en contra de tal procedimiento, en primer lugar porque, en vez de aquietarlos, agravaría los rumores que circulaban; y después, porque en esa forma el relato no tendría poder de convicción y con ello se frustraría su propia finalidad. Las personas y los acontecimientos están indisolublemente relacionados; las evasivas, síntesis y supresiones harían pensar al lector en la trama de un engaño. En realidad, me pronuncié por algo más atrevido, aconsejando que la historia se divulgara franca y honradamente, de la manera más explícita y minuciosa posible, con el fin de entretener y atraer a un amplio círculo de lectores. El propio anonimato resultaba indeseable. Sin embargo, existía la necesidad imperiosa de tomar ciertas precauciones.

En una palabra, me pidieron ayuda y se la di al instante. Se acordó que yo escribiera el libro; que Carruthers me

entregara su diario y me relatara con más detalle y desde su propio punto de vista todas las fases de su «búsqueda», tal como denominaban a su empresa; que el señor Davies se reuniera conmigo con sus mapas y cartas de navegación e hiciese lo mismo, para que yo pudiera transcribir toda la historia tal como saliera de labios del primero, con sus extravagancias y errores, con sus luces y sus sombras, de la misma forma en que sucedió. Con las siguientes limitaciones: el año en que ocurrieron los hechos no es el verdadero, los nombres de personas son completamente imaginarios y, a sugerencia mía, se han tomado algunas libertades insignificantes para ocultar la identidad de los personajes ingleses.

Recuérdese, asimismo, que tales personas viven entre nosotros en este momento, y que si a alguien le parece que se ha tratado con ligereza y de forma dudosa algún aspecto, no debe culparse al editor, quien preferiría callarse antes que afirmar algo que pudiera traslucir impertinencia, tanto si esas personas son conocidas como si no lo son.

E. C.
Marzo de 1903

Capítulo 1

LA CARTA

He leído historias de hombres que, obligados por su cargo a vivir durante largos períodos en la más completa soledad, salvo por la visión de algunos rostros atezados, tomaron como norma el vestirse formalmente para la cena con el fin de mantener su pundonor y no sumirse en la barbarie. Con un espíritu semejante y cierta timidez, procedía a arreglarme en mis habitaciones de Pall Mall a las siete de la tarde de un 23 de septiembre de no hace muchos años. Pensé que el lugar y la fecha justificaban el paralelismo, incluso para ventaja mía, porque el oscuro administrador birmano bien puede ser un hombre de roma sensibilidad y de índole vulgar, pero al menos está solo en medio de la naturaleza, mientras que yo..., bueno, a un joven distinguido y de buena posición que trata a gente importante, pertenece a los mejores clubes y tiene el futuro asegurado, posiblemente brillante, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, se le podrá excusar cierta sensación de martirio complaciente cuando, con su vivo aprecio por las efemérides sociales, se ve condenado a la extrema soledad de Londres en septiembre. He

dicho «martirio», pero en realidad el caso era infinitamente peor. Porque, como todo el mundo sabe, el sentirse como un mártir es algo placentero y la auténtica tragedia de mi situación consistía en que ya había superado esa etapa. Había disfrutado de todos los deleites que podía ofrecerme en un grado que no dejó de menguar desde mediados de agosto, cuando los vínculos aún eran cercanos y abundaba la simpatía. Fui consciente de que me habían echado de menos en la fiesta de Morven Lodge. La propia lady Ashleigh me lo comunicó de la forma más amable cuando me escribió para acusar recibo de la carta en que le explicaba, con sobria y eficaz reserva de lenguaje, que las circunstancias me obligaban a permanecer en mi despacho. «Sabemos lo ocupado que debe de estar en estos momentos —me decía— y espero que no trabaje demasiado; todos lo echaremos mucho de menos». Los amigos se marcharon uno tras otro a practicar deportes al aire libre, prometiendo escribirme y expresándome su compasión con cierta burla, y a medida que iban abandonando el barco que se hundía yo encontraba un placer sombrío en mi desgracia; casi disfruté por completo una semana o dos después de que mi mundo terminara de esfumarse en el aire, esparciéndose a los cuatro vientos. Después de las horas de oficina había excursiones por el Támesis y cosas por el estilo, pero el río me desagradaba en cualquier época por su ruidosa vulgaridad, especialmente en esa temporada. De modo que me aparté de la brigada del aire libre y decliné la invitación de H... para compartir una casita de campo junto al río y volver a la ciudad por la mañana. Pasé uno o dos fines de semana con los Catesby en Kent, pero no me sentí inconsolable cuando alquilaron la casa y se marcharon al extranjero, porque descubrí que

aquellas compensaciones parciales no me satisfacían. Una sed pasajera, que imagino han compartido muchos, por ese fascinante tipo de aventuras que se describen en las *Nuevas mil y una noches* me condujo durante unas cuantas veladas a unos dudosos tugurios del Soho y de más hacia el este, pero se apagó del todo una sofocante noche de sábado tras una hora de inmersión en el hediondo ambiente de un vulgar teatro de variedades de Ratcliffe Highway, donde me senté al lado de una mujer corpulenta que se quejaba del calor y se refrescaba a intervalos frecuentes con una botella de cerveza tibia que compartía con un niño pequeño.

En la primera semana de septiembre abandoné todos los paliativos y me instalé en la deprimente pero digna rutina del despacho, del club y de mis aposentos. Y entonces llegó la prueba más dura, porque comprendí la horrible verdad de que el mundo que yo creía tan indispensable podía, después de todo, pasar sin mí. Estaba muy bien que lady Ashleigh me asegurase que se me echaba mucho de menos, pero una carta de F..., que fue uno de los asistentes a la fiesta, escrita «apresuradamente, porque acabo de empezar a cazar», y que recibí como respuesta tardía a una de mis misivas más ingeniosas, me hizo comprender que la fiesta se había resentido muy poco de mi ausencia, y que sobre mi persona se habían desperdiciado pocos suspiros, incluso en ese grupo donde me sentía discretamente incluido por el «todos lo echaremos mucho de menos» de la carta de lady Ashleigh. Recibí una estocada que me dolió más, aunque fue menos profunda, con una carta de mi prima Nesta, en la que me decía: «Es horrible que tengas que estar asándote en Londres, pero al fin y al cabo debe de producirte un gran placer —¡condenada vi-

borilla!— el hecho de que tengas un trabajo tan interesante e importante que hacer». Así se vengaba de una ilusión inocente que yo solía fomentar en el ánimo de parientes y conocidos, y sobre todo en el corazón de las jóvenes y confiadas admiradoras a quienes había invitado a cenar en las dos últimas temporadas, una ficción que casi había llegado al punto de creerme yo mismo. Porque la pura verdad era que mi trabajo no era ni interesante ni importante, y en aquel entonces consistía principalmente en fumar cigarrillos, decir que el señor Fulano de Tal estaba de viaje y volvería hacia el 1 de octubre, ausentarme para comer de doce a dos, hacer en mis ratos libres resúmenes de, digamos, los informes consulares menos confidenciales, y en resumir los resultados en irreprochables memorandos.

Sólo una cosa faltaba para llenar mi copa de amargura, y eso era precisamente lo que me preocupaba aquella noche mientras me vestía para la cena. Dos días más en aquella ciudad muerta y putrefacta, y concluiría mi esclavitud. Sí, pero (ironía de ironías) no tenía a dónde ir. El grupo fiesta de Morven Lodge se estaba disolviendo. Un desagradable rumor respecto a un compromiso matrimonial, que había sido uno de sus detestables productos, me atormentaba con la nueva certidumbre de que no me habían echado de menos y alimentaba en mí esa clase de cinismo sumamente desolador que resulta al verse derrotado por una insignificancia. Mi familia estaba en Aix, para que mi padre recibiera tratamiento de la gota; irme con ellos sería un *pis-aller* cuya banalidad me repelía. Además, pronto volverían a nuestra casa de Yorkshire, y yo no era profeta en mi tierra. En resumen, me sentía con una depresión extrema.

El habitual arrastrar de pies en la escalera me preparó para la llamada previa y la entrada de Withers. (Una de las cosas que habían dejado de divertirme desde hacía algún tiempo era la relajación de las costumbres, propia de la temporada, que existía entre la servidumbre de la enorme casa de inquilinato donde yo vivía). Withers me entregó tímidamente una carta con matasellos alemán y una etiqueta de «Urgente». Acababa de vestirme y estaba recogiendo el dinero y los guantes. Al sentarme a abrirla, un momentáneo estremecimiento de curiosidad surgió en medio de mi depresión. En una esquina del reverso del sobre había una frase escrita con letras borrosas: «Lo siento mucho, pero hay otra cosa, un par de clavijas de aparejo de Carey y Neilson, tamaño 1 3/8, galvanizadas». La carta decía lo siguiente:

Yate *Dulcibella*

Flensburg (Schleswig-Holstein), 21 de sept.

Querido Carruthers:

Supongo que te sorprenderá tener noticias mías, pues han pasado siglos desde la última vez que nos vimos. Además, es bastante posible que lo que te voy a proponer no te venga bien, porque no sé qué planes tienes, y si estás en la ciudad lo más probable es que hayas vuelto al trabajo y no puedas ausentarte. De manera que sólo te escribo para preguntarte, en el caso de que te fuera posible, si te gustaría venir a hacer un pequeño cruce-ro conmigo y, según espero, cazar algunos patos. Sé que eres aficionado a la caza, y si mal no recuerdo ya has hecho algunos cruceros, aunque no estoy muy seguro. Esta

parte del Báltico, los fiordos de Schleswig, es una zona espléndida para navegar, de magníficos paisajes, y si hace suficiente frío pronto habrá muchos patos. Vine por Holanda y las islas Frisias, e inicié la travesía a primeros de agosto. Mis amigos han tenido que marcharse y me hace mucha falta otro, porque no quiero atracar todavía. No es preciso decirte cuánto me alegraría de que pudieras venir. Envíame, por favor, un telegrama a la estafeta de Correos de aquí. Creo que el mejor camino será venir directamente desde Hamburgo. He mandado hacer algunas reparaciones, que estarán listas para cuando llegue tu tren. Tráete la escopeta y una buena cantidad de cartuchos del 12. ¿Te importaría ir a Lancaster's a recoger la mía? Tráete unos impermeables. Sería preferible que vinieras con chaqueta y pantalones baratos, no del tipo para «ir en yate»; y si pintas, tráete los bártulos. Sé que hablas alemán como un nativo, y eso nos será de gran ayuda. Disculpa esta lluvia de instrucciones, pero tengo la sensación de que estoy de suerte y de que vendrás. De todas formas, espero que prosperéis tanto tú como el Ministerio de Asuntos Exteriores. Adiós.

Afectuosamente,
Arthur H. Davies.

¿Te importaría traerme una brújula prismática y una libra de tabaco de pipa Raven?

Esa carta marcó toda una época para mí; pero poco lo sospechaba yo al guardármela arrugada en el bolsillo y em-

prender con languidez la *voie douloureuse* que todas las noches seguía camino del club. En Pall Mall ya no se intercambiaban saludos corteses con conocidos elegantes. Las únicas personas que se veían eran los últimos paseantes del parque, con algún cochecito y niños acalorados y sucios remoloneando detrás; visitantes rústicos que agotaban los últimos vestigios de luz en un esfuerzo por identificar, con ayuda de las guías de la ciudad, las moles de edificios religiosos; un policía, y la carreta de unas obras. El club, por supuesto, era otro distinto, ya que los dos míos estaban cerrados para hacer limpieza, una coincidencia expresamente planeada por la Providencia para causarme inconvenientes. El club del que a uno se le «permite hacer uso» en estas ocasiones siempre resulta irritante por su indiferencia e incomodidad. Sus escasos visitantes ofrecen un aspecto raro y hacen gala de una vestimenta extraña, hasta el punto de que cabe preguntarse cómo han logrado entrar en él. No tienen el semanario que uno desea, la comida es execrable y la ventilación una farsa. Todas esas lacras me agobiaban aquella noche. Sin embargo, me sorprendió descubrir que en mi interior se producía una leve iluminación del ánimo: infundada, por lo que podía discernir. No cabía atribuirse a la carta de Davies. ¡Hacer un crucero por el Báltico a fines de septiembre! Me estremecía sólo de pensarlo. Ir a Cowes, con un simpático grupo de amigos y hoteles cercanos, estaba muy bien. Un crucero en agosto en un vapor por aguas francesas o por la costa de las tierras altas de Escocia, era perfecto, pero ¿de qué clase de yate se trataba? Para haber ido tan lejos debía de ser de tamaño considerable, pero me pareció recordar lo suficiente respecto a los medios de Davies para saber que no disponía de dinero para

gastarlo en lujos. Eso me llevó a pensar en su persona. Lo había conocido en Oxford; no pertenecía al círculo de mis íntimos, pero estábamos en una facultad sociable y lo veía a menudo; me gustaba por su energía física combinada con cierta modestia y sencillez, aunque en realidad no tuviera nada de lo que estar orgulloso. De hecho, me caía bien en el sentido en que en esa etapa receptiva le agradan a uno muchas personas con las cuales no se tiene relación posterior. Ambos nos licenciarnos el mismo año, ya hace tres. Yo me fui dos años a Francia y Alemania a aprender los idiomas; él no logró que lo admitieran como funcionario para la India y había entrado en el despacho de un abogado. Desde entonces sólo lo había visto en raras ocasiones, aunque por su parte, según tuve que reconocer, se había mantenido fiel a cualquier lazo de amistad que pudiera haber entre nosotros. Pero lo cierto era que nos habíamos distanciado por obra de las circunstancias. Yo había realizado una brillante entrada en mi profesión, y en las pocas ocasiones en que lo había visto desde mi triunfal *début* en sociedad, me encontré con que ya nada teníamos en común. No parecía conocer a ninguno de mis amigos, se vestía pobremente y yo lo encontraba aburrido. Siempre lo había relacionado con el mar y con barcos, pero nunca con cruceros en yate en el sentido en que yo los entendía. En los días de universidad, estuvo a punto de convencerme para que pasara con él una sórdida semana en una embarcación abierta que había adquirido con idea de navegar por unas deprimentes marismas en alguna parte de la costa oriental. Eso era todo, así que me dediqué a cenar con lúgubre solemnidad. Pero en la *entré* me acordé de que hacía poco había oído de segunda o tercera mano alguna noticia suya,

aunque no recordaba de qué se trataba exactamente. A los postres, y después de pensar un poco en ello, llegué a la conclusión de que todo el asunto era una soberana ironía, igual que, a su modo, el carácter digestivo del postre. ¡Tras el hundimiento de mis agradables planes y el fracaso de mi martirio, me invitaban a guisa de consolación a pasar el mes de octubre helándome en el Báltico con un personaje excéntrico e insignificante que me aburría!

No obstante, mientras me fumaba el cigarro en el esplendor fantasmal del salón de fumar vacío, volví a pensar en el tema. ¿Valdría la pena? Desde luego no había otras opciones a la vista. Y enterrarme en el Báltico en aquella espantosa época el año poseía al menos un gustillo de trágica entereza.

Volví a sacar la carta y repasé sus frases impulsivas y entrecortadas, fingiendo ignorar la bocanada de aire fresco, de animación, de espléndida camaradería que aquel delgado trozo de papel insuflaba en el aburrido salón del club. Al leerla de nuevo, con más atención, la encontré llena de presagios maléficos: «magníficos paisajes»..., ¿y las tormentas equinocciales y las nieblas de octubre? Cualquier patrón de yate en su sano juicio estaba en aquellos momentos licenciando a su tripulación. «Habrà muchos patos»: vago, muy vago. «Si hace suficiente frío»: el frío y la navegación en yate representaban una conjunción gratuita y monstruosa. Sus amigos lo habían dejado solo: ¿Por qué? «No del tipo para ir en yate»; ¿y por qué no? Respecto a la envergadura, comodidades y tripulación del yate, todo ello quedaba alegremente olvidado. Había muchas y exasperantes lagunas. Y a propósito, ¿por qué demonios debía llevarle «una brújula prismática»? Hojeé unas revistas, jugué una partida de *fifty*

con un viejo simpático y anticuado, demasiado pesado para oponer resistencia, y me retiré a mis aposentos, ignorante de que una Providencia amable había venido a rescatarme y, en efecto, sintiéndome más bien hostil a toda manifestación de amabilidad por vaga que fuese.